El Centenario de la "Guirnalda Poética"

Por JESUS ZAVALA

I

Escasamente conocida, en la actualidad, es la "Colección de Poesías Mejicanas", editada en Paris, en 1836, por la Librería de Rosa, y que se atribuye al doctor José María Luis Mora; pero mas desconocida es la que, con el título de "Guirnalda Poética" y el subtítulo de "Selecta Colección de Poesías Mejicanas', publicó en México, en 1853, Juan R. Navarro, "para obsequiar a los señores suscritores a la Biblioteca Nacional y Extranjera".

Ambas colecciones son de sumo interés para los historiadores de nuestra literatura y los críticos literarios, porque —además de ser las primeras que se publicaron con posterioridad a nuestra emancipación política— ponen de manifiesto la evolución de la poesía mexicana en los primeros cincuenta años del siglo XIX.

Este año —1953— se celebra el centenario de la publicación de la "Guirnalda Poética". Con este motivo le dedicamos estas breves notas.

oOo

La "Guirnalda Poética" mide diecinueve y medio centímetros de largo y trece de ancho. Consta de 296 páginas impresas. La carátula reza como sigue: "GUIRNALDA POETICA.—SELECTA COLECCION — DE POESIAS MEJICANAS. — Publicada por Juan R. Navarro — Para obsequiar a los señores suscritores a la — BIBLIOTECA NACIONAL Y EXTRANJERA. — MEXICO. — IMPRENTA DE JUAN R. NAVARRO, calle de Chiquis N. 6. — 1853".

Sin servir a ninguna asociación literaria ni a ningún grupo de escritores determinado, la "Guirnalda Poética" comprende a los poetas de la Academia de Letrán y del Liceo Hidalgo y a los que figuraron fuera de esos centros.

Su objeto está expresado en el primer párrafo de las palabras liminares del editor, tituladas "Al que leyere": "Dar una idea completa del progreso de nuestra poesía lírica, hacer palpar a un solo golpe de vista y presentar en un solo libro todas las bellezas en que abundan nuestros poetas, es una empresa superior, no a nuestros deseos, sino a la pequeñez del presente tomo, en el que, no obstante, hemos procurado hasta donde nos ha sido posible, hacer una recopilación de aquellas composiciones que a nuestro juicio merecen más una señalada preferencia. Repetidas veces nos ha sido difícil la elección entre muchas poesías de un solo autor que se hallan en el mismo caso, y con positivo sentimiento hemos aceptado una o dos solamente, dejando sin copiar otras con cuya lectura nos hemos deleitado en otras ocasiones".

oOo

Advertimos que ignoramos quién sea el autor de la recopilación, porque no se dice en el libro; pero sospechamos que fue uno de los miembros más destacados del Liceo Hidalgo. En efecto, en ella figura una distinguida poetisa que, a pesar de su corta edad, en dos años de permanencia en México (1850-1852), alcanzó celebridad, animada por sus amigos Francisco Zarco y Francisco González Bocanegra y apadrinada por Luis Gonzaga Ortiz, de quien se dice se enamoró. Nos referimos a Dolores Guerrero, la cantora de "Lusi": ¿Luis?

¿Fue acaso Francisco Zarco, presidente a la sazón del Liceo Hidalgo —1853—, el autor de la recopilación? ¿O el padrino de Dolores Guerrero —Luis Gonzaga Ortiz—, que fue quien publicó los primeros poemas de su ahijada? ¿O quizás Marcos Arróniz, que figuró entre los tertulianos de la poetisa? Sin estar exentos de errar, nos inclinamos a creer que fue Ortiz. De cualquiera manera el tiempo descorrerá el velo.

oOo

Desde luego hacemos constar que no pretendemos enjuiciar el libro, sino sólo reseñarlo. Cuando emitamos una opinión crítica sobre alguno o algunos de los poetas que figuran en él, será de modo accidental. No ignoramos que el problema que plantea en la actualidad el estudio de nuestra literatura no consiste, principalmente, en el descubrimiento de autores y obras olvidados, sino en la selección de los valores más representativos; pero si nos asomamos al siglo XIX y vemos que hay periodos casi inexplorados —como sucede con frecuencia—, tendremos que convenir en que es indispensable reunir, primero, los materiales —acopio de autores y de obras—, para después seleccionarlos y valorarlos. Tal es lo que ocurre en la sexta década (1851-1860), muy poco conocida por los historiadores de nuestras literatura: Julio Jiménez Rueda y Carlos González Peña. La "Guirnalda Poética" proyecta luz sobre ese periodo.

(Continuará)

Otra vez los Libros de Texto

Por RENE AVILES

(Notas para un estudio)

VII

En Pro del Libro Mexicano

Según sospecho, la Sociedad de Autores Didácticos Mexicanos no vivió más allá de un año. Su obra, empero, fue valiosa; por una parte, logró cerrar el paso a los textos extranjeros, estimulando de este modo la producción mexicana de libros; por otra, unificó el criterio pedagógico de las autoridades educativas de todo el país, señalando la conveniencia de orientar la educación pública en un sentido altamente patriótico. Cabe hoy, pues, que recordemos con simpatía y agradecimiento a los miembros de aquella sociedad, que fueron: María Luisa Ross, presidenta; Gildardo F. Avilés, secretario y, como socios: Gregorio Torres Quintero, Daniel Delgadillo, Elvira Nozari, Julio S. Hernández, José M. Bonilla, Sabino Anízar, Delfino Torijano, Longinos Cadena, Paz Montaño, J. G. Olguín, Jesús Díaz de León, Ezequiel A. Chávez, Luis Murillo, Teodomiro Manzano, M. Salinas, Genaro García, Dolores Correa Zapata, Delfina C. Rodríguez, Salvador Cordero y Elisa Núñez.

Resultado de su campaña, el Gobierno de aquella época (1919), pidió la renuncia del entonces Director General de Educación Pública y nombró una nueva Comisión para interar la lista de textos de las escuelas primarias. Meses después, la Sociedad publicó el libro que ya mencioné en nota anterior: "En Pro del Libro Mexicano", en el que consignó los nombres de las personas que fueron removidas de sus cargos y que yo, piadosamente, paso por alto; transcribió, además, las respuestas de la mayor parte de las autoridades de aquel tiempo a un cuestionario sobre textos escolares. Esta última parte, que nos permite considerar la obra nacionalista de la Sociedad mencionada, incluye documentos tan interesantes como la carta del doctor Alfonso Cabrera, gobernador del Estado de Puebla, que bien vale la pena leer en sus párrafos principales:

"En respuesta a su apreciable carta, fechada el 25 de febrero próximo pasado, me es grato manifestar a ustedes lo siguiente:

"En el mes de julio de 1918 se presentaron a este Gobierno varios agentes de librerías norteamericanas proponiendo en venta gran cantidad de libros para escuelas, y sugiriendo la idea de que se declararan, algunos de esos libros, de texto en los establecimientos de educación primaria del Estado y otros de consulta para los maestros.

"Este Gobierno desechó de plano las proposiciones que se le hicieron por las siguientes razones:

"En el Estado de Puebla no se usan libros de texto en las escuelas primarias, sino que todas las clases son orales, y los únicos libros que usan los alumnos son los de lectura.

"Los libros que se propusieron al Gobierno de Puebla, que son los mismos que acaban de proponerse al Gobierno Federal, no ofrecen absolutamente ninguna ventaja para la enseñanza. Las ediciones son muy antiguas; en la parte pedagógica dichos libros adolecen de graves defectos, entre otros muchos el de que el lenguaje no se adapta al nuestro y las narraciones se refieren en su mayor parte a las costumbres de otros países, por lo cual son ininteligibles para los niños de las escuelas mexicanas.

"Los libros que se proponían como de consulta para los maestros eran también muy antiguos, de tal modo que los profesores no hubie-

(Sigue en la 4a. Página)

Sobre Bobos y Boberías

Por ANTONIO ACEVEDO ESCOBEDO

Existe entre el vulgo "municipal y espeso" capitalino una propensión alarmante a la bobaliconería, lo mismo que al acatamiento a cierta especie de "valores" apenas dignos de una tribu de Papuasia.

El primer indicio lo tenemos en el caso de ese bien mentado señor Caignet que, a juzgar por la traza de quienes adquieren en los puestos de periódicos los folletos de a $1.00 en los cuales se recogen los episodios de una serie radiofónica por él cometida, escribe al gusto cabal de los choferes de camiones "materialistas" y de las mozas de servir que acuden al mercado con la canasta al brazo.

Conforme a la mentalidad de los consumidores de la mercancía de Caignet, éste debe ser el mejor escritor entre los que viven en México. Razonan así, y tienen disculpa. Mientras él se ha embolsado algo más de cuatro millones de pesos!, por concepto de utilidades obtenidas de "El derecho de nacer", hay catedráticos-escritores de la Universidad a quienes se pagan $120.00 mensuales. Además, ciertos hombres de letras, justamente alabados por su sabiduría, emplean años enteros en proponer la venta de la biblioteca personal coleccionada durante una vida de sacrificio, a fin de resistir los amagos de la pobreza...

x x x

¿Y qué decir de los cientos de mocetones que permanecen toda una mañana al borde de un lote en plan de cimentación, atisbando por entre las junturas de una empalizada cómo una máquina grande y ruidosa golpea unos pilotes para enterrarlos en el suelo?

Observan el trabajo de los demás con perseverancia propia de un detective en funciones y se desentienden enteramente del mundo en torno, como si de su testimonio visual dependiera el futuro del país. Miran y miran por horas, con ojos desprovistos de inteligencia.

Calcúlense las horas-trabajo que tan estéril bobear representa...

x x x

¡Ah, y los autógrafos! Con la mayor naturalidad y reverencia, los otros bobos que gustan de este deporte solicitan su firma al guardaespaldas de un "ganster" reconocido, al baterista de la orquesta fulana, al chofer del político encumbrado, al bolero del ministro de cualquier ramo, al portero de tal estación de radio, al tortero más caracterizado de la fonda de la esquina.

El periodista Alfonso Taracena fue testigo, cuando viajaba en un autobús de pasajeros, del gesto de satisfacción con que el chofer le confiaba a un amigo suyo, tras señalar a un par de robustas criadas que no pudieron abordar el vehículo:

—Esas dos muchachonas me pidieron mi autógrafo el otro día...

x x x

Por otra parte, puede asegurarse que cada lector de las estupideces en forma de historietas ilustradas es un espíritu que se cerró las puertas del entendimiento para el disfrute de la buena música y las buenas letras, cuando alcance la categoría de adulto.

x x x

En una escala más inocente y menos dañina de la bobería, podría darse el caso de que las sospechas acerca del culpable de algún delito recayeran sobre una sirvienta. Vamos a suponer que la muchacha, temerosa de las garras de la policía, supo esconderse muy bien y no hay recurso alguno que permita capturarla.

Cualquier miembro de la gendarmería dotado de ocho centavos de inteligencia, no vacilaría en recomendar alguno de estos dos métodos infalibles para echarle encima la mano a la culpable: tocar un cilindro en la esquina y hacer que recorran la zona una ambulancia para heridos o un carro de bomberos, haciendo gala de su aullador estruendo.

(Sigue en la 4a. Página)

REFLEJOS EN EL AGUA

El Ultimo Rey de España

Por RAFAEL SANCHEZ DE OCAÑA

Sin deliberado propósito, nos hemos topado con el recuerdo de Don Alfonso XIII, quien hace años acabó su vida en las nostalgias y melancolías del destierro, para dialogar con los gusanos, y luego sumirse en el silencio de las cenizas. Bossuet hubiera encontrado patético motivo de inspiración de una de sus Oraciones Fúnebres, dedicada a los grandes de la tierra, cuando luego de haber paseado su vanidad sobre ella, la tierra misma se aprestaba a devorarlos. Enriqueta de Inglaterra, María Teresa de Austria y Monseñor el príncipe de Condé, héroe de Rocroi, sirvieron de ejemplos al elocuente obispo de Meaux, sobre lo deleznable de la condición humana y lo fugaz de la gloria. La muerte a nadie olvida, a todos iguala. Ello fue consuelo de humildes en épocas de candor: nunca freno de poderosos en desmanes de ambición, sed de riquezas, crueldad y egoísmo. Hoy, desvanecida la fe en el origen divino de la realeza, que un monarca termine sus días fuera del patrio solar, no causa sorpresa; el destino tiene sus ironías justicieras. Don Alfonso murió en Roma en un Grand Hotel, como turista de calidad, leal a su sangre y amando a España; acaso le doliese, como a Don Miguel de Unamuno, a quien él desterrara.

La tradición absolutista de su lejano abuelo Luis XIV, quien sinceramente creía que el Estado era él, con la favorita de turno, el confesor, e incluso la fístula, pasó a la sangre de sus descendientes. Los Borbones se revelaron siempre como enemigos del régimen constitucional, allí donde por azares de la guerra, arterías de la diplomacia o herencia, lograron reinar. La Constitución, invento inglés, elaborado a retazos, que tiene por sabia finalidad limar las uñas y dientes de los soberanos, y encerrarlos con toda solemnidad en una jaula dorada, nunca la aceptaron de buena fe. Por ello perdió la cabeza Luis XVI, huyó Luis XVIII y fue destronado Carlos X de Francia. En Nápoles acaeció lo mismo a Francisco II. En España Fernando VII, dechado de felonía y crueldad, abolió la Constitución de 1812 y alzó el patíbulo. Su hija Isabel, la reina castiza y de los tristes destinos, sostenida por los liberales en las guerras carlistas, los traicionó y vio triunfante la Primera República. De no parecernos irreverente, habríamos de decir, que de casta le venía al galgo.

El último de los Borbones reinantes fue un legado biológico de Don Alfonso XII. Rey chulapo y barbián, que embozado en su capa, en compañía del duque de Sesto, su amigo y algo más, por las noches recorría las calles de Madrid, en busca de aventuras de fácil amor, en desquite de conyugales hastíos y rigores cortesanos. Educado en el destierro, sabía de las mudanzas de la fortuna. Ello le hizo ser escéptico y comprensivo. Una vaga simpatía popular envolvía a su enfermiza persona. Viudo de su prima, la Infanta Mercedes, ensalzada por la musa popular en romances de ciego, razones de Estado le forzaron a un nuevo matrimonio. ¿Quién había de ser agraciada con la Corona? Luego de mucho buscar aquí y allá, embajadores avezados a estos menesteres, que nombre expresivo y arábigo tiene en la sonora lengua de Castilla, descubrieron a una olvidada archiduquesa, más provicia a las austeridades de la vida devota que a las mundanas y regias vanidades. Doña Cristina unió sus deberes con el joven monarca: la prominente nariz borbónica se cruzo con la agresiva quijada de los Habsburgos.

Muere Don Alfonso padre de tres princesitas: una de ellas, la inteligente y simpática infanta Eulalia, que maneja la pluma con sinceridad y garbo; octogenaria vive en Paris. Aún hay esperanzas de que un varón se siente en el trono de San Fernando. También conciliábulos de médicos, reuniones de políticos, juntas de palatinos y preces de la Iglesia, en torno, si no precisamente de Doña Cristina, de una parte de su augusta persona, que reserva sorpresas. Y nace un niño enclenque; más parece huir de la vida que aferrarse a ella. Los desvelos de una madre amantísima, hacen milagros. En el monte del Pardo, cruzado por el Manzanares, aprendiz de río, que ha dado lecciones de grandeza, los débiles pulmones del niño respiran embalsamados aires y con ellos salud. Le están educando para conejo —dice la gente—. En medio de pinares y encinas, azotados por los vientos del Guadarrama, que curtieran la epjel de las tentadoras serranitas del marqués de Santillana, Don Alfonso se hace hombre. Mientras Doña Cristina reina con dignidad y destreza como regente, sorteando no pocas dificultades. Es respetuosa de la Constitución, aunque la interprete en un sentido estrecho, por resabios de las enseñanzas conventuales. Confía en sus buenos amigos, Cánovas y Sagasta, que alternativamente disfrutan de las dulzuras e inquietudes del poder: las cargas las sufre el pueblo, entregado a las manos duras de los caciques. De vez en cuando una modesta reforma liberal, que no se cumple, sino se desvirtúa. En España no pasa nada. Su sol se apaga definitivamente en tierras de América y de Filipinas. Profesores rutinarios, lo más pintoresco de la fauna universitaria, enseñan al monarca algo de lo que ha de saber y todo lo que debe ignorar. Por los tapizados salones de Palacio se deslizan sombras. Son los jesuitas, que nada tienen de impacientes y menos de divinos. Generales más familiarizados con las derrotas que las victorias inician a su discípulo en el peligroso entretenimiento de jugar a los soldados. En el Alcázar todo es orden, decencia, austeridad, economía. Las damas menos agraciadas en encantos, lo son en honores y dignidades. Las faldas bajan, los escotes suben: Doña Cristina se convierte en Doña Virtudes.

Don Alfonso es ya rey. Se le busca una esposa, bajo la mirada vigilante de su madre, que en cuestión de ortodoxia, nada cede. Por fin elige a una hermosa nieta de la reina Victoria, que por princesa de Battenberg tiene estirpe alemana, con gotas de sangre judía. Aunque protestante se convierte al catolicismo: Madrid bien vale una misa. Es una digna y amable señora, que suscita la estimacion de todos. Aunque rebosante de salud, por misterios de la ley de herencia, dos de sus hijos varones, conocen los zarpazos de la enfermedad. El rey comienza a reinar con el afecto del pueblo y sus esperanzas, aunque siempre queden nostalgias republicanas. Es valiente, sereno, como lo demuestra con holgura en los dos atentados contra su vida: uno en la Corte, el mismo día de su boda, otro en Paris, en la calle de Rivoli Quizá por atavismo, no se encuentra a gusto en su papel de soberano constitucional. Tendía al manejo caprichoso y personal de los negocios de Estado, no vacilando en acudir a la intriga, para hacer y deshacer los partidos políticos. En su carácter voluble, tornadizo, se mezclan la burla y la simpatía. De trato

(Sigue en la 4a. Página)

Barrabás, ¿Libro Cismático?

Por ARMANDO TRUJILLO Y NUÑEZ

Auténtico acontecimiento literario constituye la aparición del extraordinario "Barrabás" de Par Lagerkvist, vertido a la lengua castellana. ¿Libro religioso? ¿Antirreligioso? Ni lo uno ni lo otro. Par Lagerkvist, no se aferra a un cristianismo intolerante ni a un antieristianismo rabioso. Al leer su gran obra, siéntese la impresión de que fue un testigo presencial, impresionado por los hechos monstruosos en que se vio rodeado Barrabás y que dieron por resultado el sacrificio del Nazareno, pero sin que demuestre en tales hechos una impresión más fuerte que la meramente objetiva. Es, digamos, un simple narrador de los hechos que dieron nacimiento a una nueva doctrina; narrador fiel y minucioso que se adentra en el sentir de sus personajes, que los acompaña en sus momentos difíciles y se mete en sus más íntimos pensamientos, hasta el momento mismo en que exhalan el último suspiro, pero enfoca su atención en el bandido que fue liberado para que en su sitio se crucificara al Mesías. Nos pinta a Barrabás con toques geniales, en toda su confusión, desde los primeros instantes; asistimos a su tortura, cuando escucha el golpe de los martillos en lo alto del Gólgota, y luego su vivir ensimismado, replegado sobre sí mismo, como en un eterno éxtasis; luego, esclavo en las minas de cobre en Chipre, donde encadenado a otro esclavo tan miserable como él, oye por primera vez un rezo y una plegaria al crucificado; en Roma, armado de una tea, incendiando la ciudad pecadora, para ayudar impensadamente al bestial Nerón, y al fin en la cruz a la que estaba predestinado, donde lanza la ambigua y sorpresiva exclamación postrera: "A ti encomiendo mi espíritu..."

Empero, los intolerantemente entregados a la más estricta ortodoxia cristiana, no han de sentirse muy satisfechos de esta obra genial galardonada con el Premio Nobel de Literatura en 1951; y no pueden sentirse satisfechos y agradecidos de este autor que, sin hacer concesiones a sus lectores, dice lo que cree que es lo justo, sin importarle la reprobación de los apóstoles de la mentira. Así, armado de valer, pinta a una María muy distinta a la que figura en las estampas religiosas, donde se nos da una madre resignada con el sacrificio del hijo y retocada con los tintes más elevados de dulzura, serenidad y belleza. Lagerkvist, por el contrario, dice de ella que "es una campesina rud, y tosca"; y cuando empujado por la grosera intriga de los sacerdotes Jesús siente en sus carnes el pinchazo brutal de los clavos, según el autor de este gran libro, la campesina llega hasta el Gólgota y presencia la tortura sin que un músculo de su rostro se contraiga. ....Muchos son los comentarios que para sí se hace Barrabás en torno a la figura de la madre de Jesús, los que denotan la expresión estética de Lagerkvist: "Esa mujer debía ser su madre, aunque en nada se le parecía. Pero, ¿quien hubiera podido semejársele? Tenía el aspecto de una campesina ruda y tosca. De vez en cuando se pasaba el dorso de la mano sobre la boca y la nariz, que le goteaba, porque estaba a punto de llorar. Sin embargo, no lloraba. Su pesar era diferente del de los otros, como era diferente la forma en que lo miraba. Sí, era su madre. Experimentaba, sin duda, una compasión más profunda que la de cualquier otro; pero parecía reprocharle haberse prestado para hacerse crucificar". Este reproche de María a su hijo de "dejarse crucificar" y que Barrabás intuye en la mente de la madre, es un razonamiento que de ninguna manera, jamás, los doctrinarios de la iglesia aceptarán ya que la teología claramente le asigna una misión corredentora.

No conforme con esto, cuando el suplicio ha terminado con la muerte del Nazareno, Barrabás fija su mirada en los pocos que han sido atraídos por el espectáculo tremendo y piensa que procedían de manera muy distinta a la que acostumbraban los familiares de los demás condenados. Paladinamente confiesa que "en verdad, eran gentes extrañas. Pero la madre miraba con ojos sin lágrimas al que había sido su hijo. Su rostro tosco y cetrino parecía incapaz de expresar dolor. Pero parecía que no podía explicarse lo que había pasado, y no podía perdonarlo jamás". El autor atribuye otras expresiones aún más atrevidas en derredor de María; expresiones que chocan con el dogma romano. Tal el diálogo entre Lázaro, el resucitado, y Barrabás. A las preguntas del descreído, Lázaro responde casi con indiferencia: "hay otros que no creen; su madre, que ayer vino a verme, tampoco cree. Pero a mí me ha resucitado de entre los muertos para que yo sea testigo".

En cuanto a la apariencia física de Jesús, aunque poniéndolo artificiosamente en la imagen que de él se forja Barrabás en la hora del martirio, "no era un mocetón. El cuerpo era magro y endeble, y los brazos finos, como si nunca hubieran sido usados. Era un hombre extraño, de barba escasa y pecho sin vello, como el de un adolescente. Todo eso disgustó al espectador".

Este nuevo libro de Par Lagerkvist, escritor sueco nacido en la aldea de Vaxjo, es decisivo para su vida de escritor, como que le mereció el galardón supremo del Premio Nobel de Literatura; y es justa tal designación, como que "Barrabás" está escrito en un lenguaje sencillo y pleno de sindéresis. Se le sigue con interés creciente, cuando descubrimos que tras el concepto claro y sin retoques oropelescos, pinta a los personajes con una nueva calidad humana que pocos antes habían logrado captar. El nombre de este autor, ha sido situado ya entre los inmortales; ello no obstante, los editores temerosos de herir susceptibilidades, como Poncio ante el justo, se lavan las manos y previenen a los lectores, acerca del verdadero carácter del libro.

Los Objetivos en la Conducta Humana

Por el Dr. GILDARDO LEGORRETA

II

Ni todas las actividades del hombre se dirigen a o a los objetivos deseados, ni todos los hombres se fijan objetivos y aún quienes se los fijan, o los mudan con frecuencia o no los fijan como fines últimos sino como fines que a su vez son medios para alcanzar otros fines. Por estas razones podemos afirmar, que si bien parece ser que la conducta es característica de la especie humana, no todos los individuos que componen esta especie tienen una conducta definida; y que se puede encontrar una serie de transición en los diversos sujetos y en el mismo sujeto a través de sus distintas edades, y estados de ánimo; una transición que se continúa en el extremo inferior con la manera de actuar de los animales en quienes es únicamente el instinto y los reflejos los que determinan la manera de actuar.

Hemos afirmado que en la conducta humana intervienen la voluntad y otras funciones pero no quiere decir que los reflejos y el instinto estén ausentes; sino que aquellas se superponen a éstos.

Una de las causas de conflicto es cuando los distintos factores que determinan la conducta humana tratan de anularse unos a otros como sucede cuando la voluntad quiere reprimir los instintos. El resultado es la lucha; y toda lucha quiere decir destrucción. Quizás deba considerarse a los sistemas morales que excitan a esta lucha como semejante a la personalidad esquizofrénica en que la unidad del sujeto se encuentra dividida. Tanto los instintos como la voluntad, es decir, tanto la base como la estructura de la conducta humana pertenecen al mismo individuo y no pueden ponerse impunemente en pugna. Y puestos en pugna por la acción de la voluntad hay que conceder de antemano el triunfo al instinto por ser más antiguo en la escala filogenética y por lo tanto más potente y permanente.

Los animales se conducen por los reflejos y los instintos, sin la acción (conocida por nosotros) de la voluntad y del razonamiento. Muchos de los hombres, quienes no están suficientemente capacitados, norman sus actividades también por los reflejos y el instinto que por ser características de la escala filogenética y de la especie no pueden estar ausentes en ningún individuo. Así los objetivos que logran aunque ni siquiera se los fijen o tengan conciencia de ellos, son fines inmediatos como el comer, satisfacer el apetito sexual, etc.

De esto concluimos que aunque la presencia de la voluntad y la actitud e intención en las acciones son las características que diferencian la conducta humana de la manera de actuar de los animales, no es una diferencia definitiva ni constituyen todos los factores ni los más importantes de la conducta humana. Concluimos también que los instintos y los reflejos son una parte muy

(Sigue en la 4a. Página)

LA LUZ EN EL VERTICE

Presencia y Ubicación de Díaz Mirón

Por el Lic. MANUEL TORRE

I

Importante para el recuerdo y la revaloración será el año actual. Tres mexicanos ilustres, Miguel Hidalgo, Rafael Delgado y Salvador Díaz Mirón serán evocados y celebrados como exponentes de la lucha por la libertad y por el Arte. Iniciaremos el estudio por el vate veracruzano, cuyo natalicio se realizó en 1853. Es obvio que para conocer la obra hemos de conocer primero al hombre. La vida de Díaz Mirón es contradictoria. Agitación, violencia, rebeldía por un lado y pasividad, tolerancia y aislamiento por otro. Sueños juveniles inflamados del mesianismo "hugueseo". Los gritos del desterrado de Guernesey y el arrebato garibaldino, arrastran la lira de Díaz Mirón a la loa de estrofas candentes, henchidas de amor humano, improperios contra la tiranía y piedad para los humildes. Los ojos encendidos, el cabello revuelto e hirsuto y el ademán tribunicio.

El espejismo social conduce al poeta a la política, primero regional y más tarde nacional. La cual en la Cámara Baja. Las pasiones, su orgullo nativo, su altivez intolerante, lo impelen al crimen. Con razón o sin ella se ve envuelto en un proceso y sumido en la cárcel. Se siente Cyrano y Artagnan. Truena contra los esbirros políticos, contra el déspota. Conoce las celdas de San Juan de Ulúa. Ya libre y en la paz horaciana mentirosa de la urbe natal, un día se sobresalta con nuevo impulso férvido. El mito bandolero de Santanón, lo arrastra a la tragicomedia de una excursión punitiva. Pero el poeta no es hombre de serranía y aventura. Oasis pacífico y cruel alternativa política a la muerte de Madero. Luego la decepción y el voluntario retraimiento. La cátedra de literatura, el pontificado regional, la plática doctoral del cenáculo bohemio del café "Diligencias". La fama, el prestigio continental. Examen de conciencia con criterio rígido. Y la hosca soledad, los versos de pulimento y filigrana, el exilio intelectual por todos los rincones del arte en una íntima Arcadia. Después la purga lacerante de los vástagos líricos. Una faz virgiliana y georgica. Así llega la muerte.

Hasta aquí el hombre, mezcla de heroismo teórico y voluntario mundanal retiro. La obra camina paralelamente. La poesía —ha dicho Díaz Mirón— es el reflejo, la síntesis de la época. Si el espíritu fuviera también su geología, cada poesía sería el carácter peculiar más precioso de su formación, el supremo distintivo, el yacimiento de una edad. Por eso nuestro poeta representa el epígono crucial de dos épocas: la del romanticismo exaltado influído por la levadura renacida de la Revolución Francesa y el parnasianismo que simboliza el purismo de una generación cansada, carente de dinámica social, refugiada en la forma alambicada del verso. El Díaz Mirón de la primera época, es para nosotros muy superior en todos sentidos al de la segunda, aunque la técnica y la tiranía poética parezcan la más lapidaria simplicidad. El influjo de Leconte de L'Isle, Heredia, Victor Hugo y Lord Byron amén de los corifeos menores Carducci, Fóscolo, Espronceda, etc., es evidente en la poesía juvenil y viril de Mirón. Los tópicos básicos del Romanticismo están vivos, bajo el ropaje suntuoso, fulgurante, altanero y rebelde. El mesianismo social se revela en "El desertor", en la "Salve a Nuestra Señora la Democracia", en el urente poema al Zar de Rusia, en la grandilocuente Oda a Víctor Hugo, en "Los Parias". En unos casos Díaz Mirón canta por simple mimetismo fraternal universal. De ahí su grandeza, que alcanza en ocasiones la perfección épica. En otros casos, el poeta canta su propio drama, el pintoresco y amargo destino.

Los anhelos libertarios se manifiestan en los poemas dedicados a los de abajo, a los humildes, a los jornaleros, a los campesinos, a los verdugos. La segunda época del poeta es un asidero convencional y artificioso, una artesanía lírica, con innegables merecimientos. Reflejo de una situación histórica de una sociedad de privilegio y fuero, próxima a liquidarse, encuentra el poeta en el cruce de dos caminos y

(Sigue en la 4a. Página)

Cuadernillo de Señales

Por JUAN REJANO

ACERCA DE UNOS VOLUNTARIOS

Franco —¿qué remedio le queda?— ha ofrecido voluntarios para luchar en Corea. Para luchar contra los patriotas coreanos, se entiende. ¿Voluntarios? Ya sabemos lo que quiere decir la palabra, sobre todo cuando se trata de agredir a pueblos pacíficos e inocentes. Y Franco, mejor que nadie. Franco, en los días en que convirtió su perjurio en un puñal insaciable contra sus compatriotas, llevó a España, como voluntarios, soldados y unidades completas del ejército italiano y del ejército alemán. Mientras tanto, acusaba a los republicanos de utilizar las Brigadas Internacionales, aquellas heroicas Brigadas compuestas por hombres de todas las latitudes, ejemplo y flor de un ideal puesto abnegadamente al servicio de la más noble de las causas. Pero nadie ignora ya que las Brigadas Internacionales se nutrían de los únicos —y verdaderos— voluntarios que lucharon en la guerra de España. Ellos, sí. Ellos representaban el impulso desinteresado y puro que en un momento determinado acude a defender la inocencia atropellada, la libertad de un pueblo en trance de ser estrangulada por las alimañas de la traición. Nunca se borrará de nuestro corazón el recuerdo de los que cayeron en la tierra amada fundiendo su sangre con la sangre española. Nunca olvidaremos tampoco a los que aun viven y llevan en lo profundo de su espíritu la imagen de España, de la España popular abierta desde aquellos días como un relámpago.

Franco —aunque no sea precisamente un académico— sabe muy bien lo que significa, desde su orilla, la palabra "voluntarios". Con ella quiso signar al atajo de forajidos, salteadores y malcantes que envió a Rusia bajo el decorativo nombre de División Azul y que, después de cometer todas las fechorías imaginables, mordió la tierra helada del país donde entonces se ventilaba la victoria del hombre sobre la bestia, de la luz sobre las sombras. Yo he conocido en México a alguno de los "voluntarios" franquistas que estuvieron en Rusia, y dudo que se puedan dar catadura moral más baja ni humanidad menos dotada para las virtudes del heroísmo. Así se comprende que la División Azul, es decir, los delincuentes que en ella formaban, pudieran sin rubor atacar arteramente a un pueblo que ningún daño les había inferido y que en aquellos momentos se defendía de la agresión de uno de los ejércitos más numerosos de la tierra.

Y ahora, los "voluntarios" de Corea. La misma muletilla que sirvió para la sangrienta farsa de la División Azul servirá en esta ocasión, si no somos capaces de detener el desmán, para la aventura coreana. La misma muletilla, pero movida por distintas manos. Entonces fueron las manos de Hitler. Ahora... Que responda Franco. Su régimen —su almoneda o baratillo, sería mejor decir— ha vendido a España, la ha puesto a los pies de una potencia extranjera, precisamente como instrumetno de guerra. Pero hay urgencia en que ese instrumento se emplee cuanto antes. Ahí está Corea. ¿Qué no hay causa justificada? Entonces, ¿para qué existe la palabra "voluntarios", la maravillosa palabra tan adecuada para estos casos? A Corea, a Corea, con los "voluntarios"...

Pero el pueblo español no dará voluntarios para Corea. Verdaderos voluntarios. El pueblo español conoce lo que ocurre en Corea, lo que en aquella guerra se ventila. Por eso lo único que han podido decir los periódicos franquistas, después de las declaraciones de Franco, es esto, que transcribimos de "Arriba", órgano de la Falange, del 7 de enero: "El mismo día que se publicaron en la prensa las declaraciones del caudillo se presentó en nuestra Redacción un joven que manifestó que quería ser voluntario para luchar en Corea. Se trata de un empleado de la Sección de Contabilidad de la Dirección General de Turismo". Claro: ese pobre empleado de contabilidad, condenado al hambre por el régimen de guerra de Franco, estará deseando salir de España como sea. Incluso de "voluntario". Pero, naturalmente, con "voluntarios" de esta naturaleza, ni con los malvados que se les puedan agregar, no se ceñirá Franco la corona de la gloria. Como no se la ciñó con la División Azul. Como no se la ha ceñido ni siquiera con España, después de catorce años de haber asaltado el poder.

EFEMERIDES HISTORICAS

Por J. R. F.

8 DE FEBRERO

1517.—*Salen de La Habana, Cuba, cuatro naves al mando de Francisco Hernández de Córdoba, que fueron las primeras que tocaron las costas del Golfo de México.*

1806.—*Nace en la población de Arizpe, Son., el general don Pedro García Conde, que se distinguió en la guerra contra la invasión norteamericana.*

1847.—*Las tropas invasoras norteamericanas, al mando del general Scott, desembarcaron en el puerto de Veracruz.*

1868.—*Nace en la ciudad de México el notable poeta don Luis G. Urbina, cuyos sentidos versos honran el parnaso mexicano.*

1882.—*Muere en México el señor ingeniero don Joaquín Velázquez de León, vástago de ilustre familia, que fue hombre de ciencia, pero muy adicto al impe-*

(Sigue en la 4a. Página)

EL OBSERVADOR

El Presidente Hereda

Por SERGIO MAGAÑA

La perfección es lo sin par, es non; pero los pares... "¡Ah, los pares —dice mi abuela—, son siempre dialécticos, son ellos los que hacen el arte, el drama y las comparaciones, las cuales repugnan porque representan el conflicto!"

A los hispanoamericanos desagrada en extremo comparar. Presumen de justos y han hecho suyo el pensamiento de que "las comparaciones son odiosas". Lo han hecho suyo desprestigiándolo, convirtiéndolo en el refrán de los ineptos. No veo por qué diablos no ha de compararse el buen oficio, la actitud y la educación de unas personas con la grosería de otras igualmente dotadas aunque menos gentiles. Comparar es vivir, ubicar un ser o un objeto; es medir y valorar. Una gente decente prefiere comparar a equivocarse y, siéndolo, me encantan las comparaciones, sobremanera si se refieren a una misma disciplina. Entre José Luis Borges y Kafka, me quedo con Kafka; entre María Teresa Montoya y la Douglas, la Douglas; y entre muchos teatros de cámara abiertos en la capital, me quedo en el teatro de la Capilla. Eso es un teatro y no una cámara de gases. Entiendo también, comparando las distancias, que el teatro Colón está hoy más cerca de la Lagunilla y de España que el de la Capilla, situado en Coyoacán.

Aquí se representa "El Presidente hereda", de Giulio Cesare Viola, autor italiano casi desconocido en México; autor muy limpio teatralmente hablando: nada de trucos, sorpresas ni complejos sexuales. Sereno, lento, elegante, demasiado sereno, muy elegante, otra vez lento.

"El Presidente hereda" se llama, en italiano, "Vita Mea", pero ustedes ya conocen al maestro Novo y el maestro Novo los conoce a ustedes, de modo que les halago el gusto y no deben quejarse. Para equilibrar este cambio hecho en favor, lo repito, de ustedes, les ofrece como desquite una magnífica traducción, impecable y limpia, y una magnífica dirección, a más de impecable oscurecida en sí misma por la brillantez inusitada de sus matices escénicos. Incluso uno, que asiste al teatro lleno de melindres se queda bien asombrado y agradecido del esmero con que la dirección ha cuidado en la obra las pausas, los movimientos, el ritmo y aun la respiración. En elsbuen teatro de cámara no hay engaño posible, el público sigue al pie de la letra movimientos que en otro local pasarían desapercibidos. La concentración del actor es absoluta y el trabajo del director, cuando sabe ser bueno, resulta agobiante. Entonces viene el éxito, y tanto, que en ocasiones ya no importa la obra, sino su vida escénica.

(Sigue en la 4a. Página)